

## UN SENDERO A MIS TREINTA Y CINCO

Transitar por mi pasado, intensificar mi presente y visualizar mi futuro a través de la escritura, ha sido un sendero que experimenté a mis treinta y cinco gracias a **DEMAC** con **Talladoras de Palabras**.

Este taller me regaló la oportunidad de mirarme en mi propia vida con una intimidad multisensorial, me dejó sentir mis anhelos, oler mis recuerdos y hasta saborear mis miedos, usando como vehículo ese noble recurso que tenemos los seres humanos: la palabra.

Me permito compartir algunas estaciones a las que llegué:

### TERESITA DE JESÚS

No recuerdo en qué momento empecé a ser consciente de mi nombre, pero tengo casi a flor de piel esa sensación que me provocaba cada vez que un adulto me preguntaba mi nombre. La respuesta siempre era la misma: Teresita de Jesús Robledo Ríos a sus órdenes.

Como si “a sus órdenes” fuese parte de mi nombre, ya que, viniendo de una familia de comerciantes, esa frase era inherente a entablar una plática con algún desconocido mayor. Eso no me causaba incomodidad, lo que sí, era el diálogo de retroalimentación del otro, entre la risa de mi remate y la duda sobre mi nombre, seguía:

- ¿Teresa o Teresita?
- Teresita
- Ah, yo tenía en la primaria una amiguita que se llamaba Teresita, pero ella era Teresita del Niñito Jesús, ¿tú también te llamas así?
- No, Teresita de Jesús.

La estructura de la frase siempre era, es y quizá, seguirá siendo la misma, solo a veces es la vecinita, la amiguita de mi hermana, mi compañerita de trabajo. La variable se acompaña con el adjetivo en diminutivo.

Hubo un momento en mi vida en que dejé de presentarme de esa forma y entonces lo resumí a Tere Robledo. Alguna vez les dije a mis papás que mi nombre era apto para una niña de 8 años o menos, o bien, una señora de arriba de 80. Me imaginaba que los niños me nombraran *Doña Teresita* cuando me pidieran un favor en mi vejez.

No fue hasta los 25 años cuando me puse a explorar más sobre mi nombre, puesto que lo único que sabía es que mi mamá le dijo a mi papá que me pusiera el nombre de su mamá. En ese entonces, la historia familiar de mi papá era un misterio y un tema tabú.

Por situaciones eventuales y porque el tiempo ablanda los corazones, a los 28 años conocí más sobre la familia de mi papá y pudimos encontrarnos, mi papá se reencontró con ellos luego de 35 años. Dentro de mis principales descubrimientos, no fue que el difunto abuelo tuviese al momento, contabilizados, 53 hijos, tampoco que mi apellido paterno debió ser Roblero y no Robledo. Lo que realmente me impactó es que no era la única Teresita de Jesús, sino que en la familia habemos, hasta el momento, cinco. Tres con el apellido Roblero y dos con Robledo, curiosamente a la otra Robledo también le dicen en casa Tita, ella en aquél entonces tenía 12 años.

Fue chistoso en las primeras convivencias escuchar los gritos de “Titaaaaa” y que ambas volteáramos, terminamos por educarlos a que nos dijeran “Tita norte” y “Tita sur”, ya que yo nací y me críe en la ciudad de Durango y ella, en la tierra de mi papá: Chiapas. Las Teresita de Jesús teníamos desde 60 hasta 12 años y todas tenemos la misma carga: la añoranza de que Teresita de Jesús H. fuese recordada por las generaciones posteriores.

De ella, no se sabe mucho, más que tuvo un hijo antes del matrimonio con José María Robledo y que murió a los treinta y tantos años a causa de un coraje que pasó con su esposo, en donde murió primero el bebé que estaba amamantando y al día siguiente, ella. Mi padre en aquél entonces tenía entre 7 y 9 años.

Desde ese momento parece que esa Teresita de Jesús me dijo algo y comprendí muchas cosas de mi vida: mi propio misticismo, mis propias melancolías sin explicación, mis propias formas de huir, mis propias ganas de cuidar a otras personas. Desde ese momento, hago un ensayo enorme por presentarme siempre como Teresita

de Jesús y respetar mi nombre, porque es la forma en la que respeto a esa Teresita de Jesús para la que todos es un misterio y de la que de alguna manera recibo fuerza y una misión incomprensible para mi razonamiento humano pero comprensible para mi alma que está en proceso de evolución.

Sin duda, mi nombre define en mucho mi esencia, lo honro y lo respeto con gran orgullo.

## **EL MUCHACHO DE LOS PANTALONES BLANCOS, LA CHICA DE LA SONRISA BRILLOSA Y YO.**

*El muchacho.*

Los recuerdos habían dejado de existir, pero él intuía que en algún momento de su vida había compartido una amistad con Roberto Albores, de alguna forma tenía la certeza, no por él, sino por los comentarios de sus hermanos con los que se había reencontrado luego de 30 años de ausencia.

Roberto Albores, repetía en su mente. No lograba hilar esos momentos de su biografía, pero tenía la firme idea de visitarlo alguna vez porque las intuiciones se sienten y se respetan. Y también lo movía la curiosidad y la necesidad por acomodar el rompecabezas de su propia vida.

Llegó el día. Era un invierno como ninguno en Durango, pero como muchos en Comalapa: caluroso y ajetreado. Pasó con su esposa y sus tres hijas por la plaza en busca de la tienda de Roberto Albores, trataba de hacer memoria e ir directo a esa casa convertida en tienda de abarrotes, pero su memoria lo traicionaba una y otra vez; preguntó en una farmacia y le dieron referencia. Llegó al lugar.

Tocó una vez, tocó dos veces; del otro lado de la cortina una voz: ¿Quién es?, en la calle: Soy Fray. Hubo un silencio... Fray dijo: vámonos. Como si de esa visita dependiera asumir un pasado difícil de procesar y como si el silencio corto fuese un

indicio de rechazo. Al cabo de pocos minutos y de una espera al filo de desertar, se escuchó cómo abrían la puerta.

Fray Robledo y Roberto Albores se reencuentran después de casi 40 años. Su mirada lo dice todo, una complicidad añeja; inseguridad en el abrazo, la emoción contenida porque nunca se está preparado para encontrarse a los sesentas con las emociones de la adolescencia. Como cualquier protocolo, Roberto le dio el pase a Fray y a su familia hasta llegar a una sala acogedora, en donde presentó a su esposa Kely. Para Fray fue grato enterarse de su propio pasado por Roberto y Kely y a su vez, no dejaba de sorprenderse que ellos hayan llegado al matrimonio.

Brincaban de un tema a otro, entre su pasado y las vísperas de su futuro, entre recuerdos añejos, personas que dejaron de existir y recuerdos carentes de sincronía, aunque juraban haberlos vivido juntos. En la plática, llegó el momento pícaro, Kely recordaba a Fray como el coqueto de Frontera Comalapa. Le recordó cómo caminaba con sus pantalones blancos por todo el pueblo, evidentemente fue una eminencia para sus pupilas y se divertía contando esa escena e imitando su andar entre la gente del lugar.

No podía no ser él, ama los pantalones blancos.

*La chica.*

Tiene algo en su forma de contar las cosas que no quieres dejar de escucharla, pese a su timidez, hace cambios de voz, imitaciones sencillas pero auténticas y quieres saber más: te atrapa. Sus relatos los engalana con una sonrisa única que hace brillar ese lunar de su cachete derecho.

Alguna ocasión me contó la primera vez que vio a Fray, era el nuevo llegado a la clínica del ISSSTE y todo mundo sabía que “venía de México”. Su cabello a la altura de los hombros, su forma de caminar y su forma de expresarse no lo dejaban pasar desapercibido. Estaba en la mira de casi todos.

Ella recuerda el primer día que lo encontró, era un día de verano casi por caer la noche, lo vio bajando de las escaleras que daban al servicio de urgencias y se quedó

un poco inmóvil pensando en lo mucho que le gustó. Ella lo cuenta muy bien porque aún se le iluminan sus ojos al recordarlo y le agrega picardía al momento, porque al paso del tiempo, la arrogancia de Fray le empezó por irritar y casi borrar ese primer encuentro. Señal de peligro: estaban a punto de enamorarse.

En ese entonces, Lourdes salía con un muchacho del que perdimos su identidad (a propósito), pero su corazón con casi inmediatez le pertenecía a Fray. Una tarde al salir de la clínica, Fray convenció a Lourdes de faltar a su cita y como a ella ya la estaban esperando, pero era más divertido salir con Fray, hicieron el plan: salir corriendo por la puerta trasera y brincarse la protección de la clínica para pasar un rato juntos. ¡Se fugaron!

A partir de ese momento, Lourdes ya no supo más de ese muchacho y su sonrisa le pertenecía al enigmático Fray con quien tuvo tres hijos, tres hijas y muchas historias que contar.

--

Yo.

El muchacho de los pantalones blancos y la chica de la sonrisa brillante son el origen de mis ecos, son mis padres. Las personas que por naturaleza y convicción admiro, quienes me enseñan a cómo ser e incluso a cómo no ser.

En mi vida, hay tantas personas resonantes y admirables, que lo que más me gusta es recordar lo simple, esos momentos tan cotidianos que se hacen grandes por la carga de significado que tienen. Desde hace tiempo, he puesto en mi mirada la atención en la existencia de mí con el otro y del otro conmigo.

Uno anda por la vida contando los días a través de los amaneceres, los atardeceres y los anocheceres, librando cada una de las batallas que nos imponemos, luchando con uno mismo, llorando con uno mismo, riendo con uno mismo, admirando lo que en cada momento nos parece bello... sin darnos cuenta que enfrente de nosotros existe el otro que puede ser impactado de forma trascendental solo con Ser quienes somos, sin esforzarnos. Un día cualquiera puede significar un parteaguas para el otro por el simple

hecho de mirarnos y admirarnos. Como la primera vez que Lourdes vio a Fray o como cuando Fray se reencontró con Roberto Albores.

Con esta comprensión, trato de ser muy cautelosa en mi andar, pero también a veces, simplemente soy y está bien. A mí me han impactado tantas personas en tantos momentos de mi vida y en las acciones más simples, desde la forma de acomodarse el cabello hasta haciendo actividades de gran impacto. Rescatar esa esencia y hacerla nuestra es algo maravilloso, es el eco que resuena en nuestra alma para construirnos y reconstruirnos.

Mi vida está llena de esos recuerdos cotidianos que se hacen vitales, tal como la segunda vez que visitamos el pueblo de mi papá o como cuando le pido a mi mamá que me cuente una y otra vez las mismas historias; son instantes vividos de menos de una hora pero que me labran el corazón y mi templanza.

Hoy reconozco y celebro a cada Ser Humano como un eco que es una nota armónica con la música que sale de la vida misma, existiendo y coexistiendo, enriqueciendo su propia vida y la de los demás, solo por ser quienes son, solo por ser quienes somos.

### **NO NACÍ YO, NACIÓ SU CULPA.**

Nunca sentí que pudiera aferrarme a la vida porque mi melancolía veía un horizonte más hacia los finales, hasta que supe que soy el testimonio de ganarle a dos intentos de aborto y una culpa que entristecía todos los días a mamá.

Corría el primer mes del dos mil veinte, en llamada con mi mamá yo intentaba averiguar la primera frase que representara el suspiro entre el recuerdo y el olvido de su última contracción al momento de mi nacimiento.

El relato fue el mismo que me ha compartido una y otra vez cada vez que se me antoja revivirlo: no recuerda quién le ayudó a cuidar a mis cuatro hermanos, le pidió ayuda a mi tío Enrique para que la llevara a la clínica ubicada en Predio Canoas sin número, se salió a medio trabajo de parto para recibir un telegrama de mi papá que estaba en Culiacán, mi papá le pedía dinero, ella le depositó todo su cheque de la quincena,

regresó a la clínica, no había atención suficiente y entonces, dio el “camazo” antes de entrar a la sala de expulsión.

Termina ese recorrido histórico familiar conocido y luego dice: “Mmm, ¿qué más quieres saber... quieres saber... sobre...mmm, ¿cómo fueeee... el proceso?”, fue inevitable que mi mente se fuera a creer que se trataba de conocer sobre el momento de mi concepción y ciertamente, eso no me daban ganas de saber, con tono divertido le contesté: “eeeh, pues sí, sí, a ver...”

Es normal que la Lourdes -que me llevó consigo 9 meses en su vientre- llore ante la recapitulación de un recuerdo, la pena ajena o el futuro incierto, pero esta vez, el inicio de su llanto era diferente, su voz entre pausada y temerosa recorría una remembranza en la que en cada palabra dejaba escapar el pesar con el que luchaba día a día por salir de su interior.

No recuerdo con exactitud sus palabras, porque del otro lado de la línea yo también estaba experimentando un nuevo relato que me reconstruía en este momento, pero en esencia, me confesó que intentó abortarme dos meses, me pidió perdón y me dio explicaciones que ella necesitaba darme.

Mientras ella hablaba y desbarataba la culpa para convertirla en alivio, mi mente hizo un recorrido hacia nuestros encuentros visuales que me regalaba en momentos difíciles, ahora sabía el motivo de su eterna mirada triste. Yo sentía que los 1,980 kilómetros que nos separaban se desvanecían ante un abrazo que necesitaba darle.

Fue una mañana trascendental en nuestras vidas, por un lado, mi mamá necesitaba confesarme lo sucedido y cómo había impactado aquello en cada uno de los momentos en que mi salud estuvo en riesgo, por otro lado, yo sentí comprensión por mi mamá y pesar por saber de su pesar, me dio un sentido más profundo sobre mi existencia. Yo tenía la firme creencia de no poseer un apego a la vida y eso se contrapone, me reconfigura, me cuestiona. En ambas, se fortaleció nuestra conexión.

Una de las frases que me marcaron por siempre, salió de la boca de mi amiga Mariela: “quien sabe de dónde viene, sabe a dónde va”, yo creía haber sabido de dónde venía,

pero ahora comprendo mi origen aguerrido que le ha dado forma a cada uno de mis días hasta llegar al instante presente.

Por otro lado, siempre me he definido como una persona fuerte, pero hace unos días leí esta frase de Goethe: “Da más fuerza saberse amado que saberse fuerte: la certeza del amor, cuando existe, nos hace invulnerables”, aunque sigo creyendo en mi fortaleza, el día de hoy tomo un alto y me cuestiono el haber decidido ser fuerte como un mecanismo de defensa al sentirme la causa de una angustia, un momento sin salida y el recorrido de una culpa añeja combinada con resentimientos. Me pregunto: ¿será que me hice fuerte para brincarme a la invulnerabilidad sin ser origen de un hijo deseado?

Eso lo voy a averiguar con el paso del tiempo y en el momento preciso, no tengo prisa. Por ahora no lo sé, pero como dice el cuento El anillo del rey, “esto también pasará”. Hoy valoro mi fuerza de voluntad desde antes de mi nacimiento por haber tenido la opción de no nacer y haber decidido sí hacerlo.

Es momento de continuar con este viaje vitalicio porque como canta Jaime Sin Tierra: “Tenés razón, durante los viajes, late más fuerte el corazón”.

## **EL SOSTÉN DE MI DESEO**

Cuando intento recordar mi adolescencia, pasa en mi mente una película borrosa de recuerdos asimétricos, carentes de una línea de tiempo continua y con personajes que van y vienen. Cuando me siento a ver esta película, mi cuerpo es invadido por una sensación conocida de coexistir con mi entorno, pero no pertenecer. La trama de esa etapa de mi vida es el Síndrome de Poland frente a mí.

Mi menarca ocurrió mucho antes de que mi cuerpo sufriera cambios sustanciales, no recuerdo exactamente cuándo ni cómo fueron sucediendo esos cambios fisiológicos, me recuerdo patinando con mi pants verde en el local grande que habían rentado mis papás en el edificio del centro histórico, cuando descubrí sangre en mis pantaletas, le avisé a mamá y su respuesta fue: “mi chiquita, llegó el día”, con ese tono que tanto amor me transmite. Intento volver a recordar, pero me apremia la asimetría de los recuerdos y los sucesos disparejos, y de pronto, me encuentro en el baño de casa,



hundida en una confusión al ver que mis pechos crecían, pero no dentro de la normalidad esperada, uno copa A, el otro copa B.

Yo pensé que era cuestión de tiempo, sabía, por las clases de biología, que era muy normal que un pecho fuera más grande que el otro, pero pensaba que no podía haber tanta diferencia. Cada vez que iba a la secundaria, me dedicaba a observar, recuerdo que escaneaba a todas las niñas y pensaba: ¿estarán pasando lo mismo que yo?, algo me decía que sí, pero luego mi teoría se veía refutada en la clase de educación física, cuando era más notorio que los pechos de las otras niñas se movían con normalidad.

Cuando la desigualdad de mis pechos no era tan notoria, lo resolví usando playeras extragrandes, tops, así como sentándome y caminando como si estuviera emulando al jorobado de Notre Dame. Mi mente era una revolución, observaba a otras niñas, observaba a mi mamá y mi hermana mayor, llegué a envidiarlas, llegué a envidiar a mis compañeras que podían usar ropa de su talla e incluso la forma en la que se movían sus pechos cuando corrían o andaban de prisa. Estaba ahí y yo sentía que no pertenecía.

Trataba de buscar información que me ayudara a entender qué me estaba pasando. Mi mente seguía siendo una revolución que sucedía a mil por hora mientras que mi entorno permanecía estático, mi pensar se configuraba en medio de la incomprensión, la culpa, la búsqueda de las razones, la envidia, el resentimiento, el miedo. ¿Por qué me habrá pasado esto? ¿habré hecho algo mal? ¿es un castigo? ¿si le digo a mis papás me van a regañar? ¿cómo puedo resolverlo? ¿será que puedo ir a consulta médica sola? Tenía 13 años, me faltaban 5 para poder ser mayor de edad y resolverlo con mis medios.

La rutina de todos los días era la misma, elegía uno de mis dos sostenes, yo pensaba “de esos de los que se abrochan por atrás”, después colocaba algodón en el pecho derecho para lograr un poco de simetría, y finalmente usaba dos tops para aplanar el algodón. Listo, podía salir a la calle con mi joroba de protección.

Pasaba el tiempo y llegó el momento en que mi pecho izquierdo era copa C o D y el derecho copa B, crecían, no dolían, pero si me perturbaban. Ahí se llegó a formar mi

primer gran deseo: usar un sostén sin tener que poner algodón ni dos tops y menos jorobarme, tampoco quería usar playeras tres tallas más grandes o una cantidad exagerada de suéter que no me quitaba luego del receso ni, aunque la primavera y la adolescencia alborotada hicieran de las suyas en un salón de clases de más de 35 alumnos.

También recuerdo mis refugios de ese entonces: mis libros, mi cabello y mis ojos. En los libros buscaba frases que me ayudaran a entender lo que me pasaba, a meterle dramatismo para prender fuego interno; mi cabello lo dejé crecer por primera vez y en esa etapa, dejó de cortarlo mi papá, por lo que creció hasta debajo de la cintura y como era tan lacio y abundante, se veía lindo y además compensaba la asimetría del pecho cuando lo ponía hacia adelante. Mis ojos contienen una mirada con un poder que domino y me ayudaba a poner la barrera hacia el otro para no ser vista o bien, ser recordada por otro adjetivo que no fuera playera grande, joroba evidente y chichis disparejas.

### *Mi cumpleaños número 15.*

El 14 de septiembre de 1999, mi hermano mayor chocó el carro en el estacionamiento del local, no hubo tiempo para hacer de comer y comimos sándwich, mi mamá me mandó a hacer una misa y fuimos todos. En la noche compraron un pastel y estuvieron mi familia, mis abuelos maternos y unos cuantos amigos del grupo de la iglesia, pero ese día me regalé mi prótesis más sofisticada.

Identifiqué un saco de mi mamá que ya iba a regalar, era color lila y luego otro saco que ya no usaba para la misa de los domingos de color rojo, les quité las hombreras, los uní con un hilo negro y en medio puse algodón. ¡Estaba estrenado chichi!

Creo que fue los mejores inventos que pude hacer, aún conservo mi prótesis y es de las cosas que siguen permaneciendo conmigo hasta mis casi 36 años. Tenía que lavarlas diario y hacer una estrategia sigilosa para que nadie se percatara de la mitad de mi chichi derecha.

Aunque todos los días me cuestionaba algo al respecto, no me afectaba todo el tiempo, salvo cuando estaba próxima mi regla, esos días eran como un frío intenso del que

nadie me podía salvar. Lloraba sin que nadie me viera y quizá me ponía un poco triste de vez en cuando. Esos días me enfrentaba a mis propios miedos, imaginaba a quién podría contarle lo que me pasaba, o si, en algún momento podría ejercer mi sexualidad, si eso me condenaba a algo a lo que yo no estaría preparada. Eran momentos helados y sombríos.

Uno de esos momentos de debilidad, cuando tenía casi 18 años, mi mamá me descubrió y comenzó el interrogatorio para rematar con una mirada que no deja opción con toque de reclamo al decirme: pláticame las cosas, por favor.

De todos mis hermanos, fui la menos comunicativa, por lo que un reclamo conocido es el que yo no compartía cosas. En fin, ese día tuve que decirle lo que me pasaba y su mirada en ese momento para mí fue de comprensión. A mis 35 años supe que la mirada tenía una carga de culpa y mientras yo le contaba a mamá lo que me pasaba, en sus recuerdos estuvo más presente las dos veces que intentó abortarme en mi gestación y revivir a flor de piel la culpa que la acompañaba casi a diario y se acentuaba cuando mi salud estaba en riesgo.

Comenzamos a ir a doctores y para mí era totalmente incómodo, uno de los primeros doctores que visitamos fue una ginecóloga en la clínica del ISSSTE, mi mamá haciendo uso de sus influencias, ya que trabajaba ahí, se brincó los protocolos y acudimos sin cita. Cuando entramos, la doctora (con justa razón) se molestó mucho porque nadie le preguntó si quería hacer esa excepción y luego de gritar, vio que mi mamá estaba llorando y ella dijo: ni llore señora, no es la primera ni la última, todas las niñas irresponsables se embarazan.

No sabía si quería pegarle por hablarle así a mamá o por señalarme de algo que no pasaba por mi mente. Salí corriendo, mi mamá se quedó un momento para disculparse con la doctora, pero también le recalcó que eso no le daba derecho a tratarnos de esa forma. Mi mamá, pese a que es muy emocional, tiende a tener esos momentos de fortaleza en la que dice las cosas en el momento justo y en la medida adecuada. Me gustaría tener su templanza.

Mi mamá me alcanzó en el estacionamiento del ISSSTE y le dije que para mí eso era muy difícil, que no quería hacerlo más. Ella me dio tiempo, en verdad es la mejor mamá. Tardamos un par de meses y después comenzamos a ir a otros médicos particulares, a mi ritmo, comenzaron los estudios y finalmente llegamos al resultado: Síndrome de Poland.

Un síndrome raro que afecta principalmente a hombres y que es la atrofia o ausencia del músculo pectoral. No había más afectaciones y tampoco se conocía la causa del síndrome, solo los afortunados como yo, lo poseíamos. Eso se resolvería con una cirugía estética, la cual podría hacer cuando cumpliera 18 años. Fuimos con, según mi papá, el mejor cirujano plástico de Durango, Guillermo Burciaga, un excompañero de mi papá de la facultad de medicina, del cual aguardaba anécdotas con un cariño auténtico de él y su gemelo.

Comenzaron los trámites y un día llegó el momento de decidir: ¿quieres aumento de pecho o disminución?, el doctor fue muy ameno con su plática para poder decidir, cosa que agradecí porque estar en la última consulta antes de la cirugía en compañía con mi papá y tomar esas decisiones no era fácil para mí. Mi papá muy reservado, firme y comprensivo, pero sin mirarme, me dijo: esa es tu decisión, lo que tú quieras está bien.

Esa postura de mi papá me ha dado seguridad a lo largo de mi vida, me dejó decidir por mi vida, pero tenía el apoyo y supervisión en medida justa, me hizo sentir una persona madura, pero con un soporte necesario, es un papá genial. Mis papás fueron claves en este proceso. Los amo tanto.

Le hice preguntas al doctor sobre implicaciones, qué era mejor y demás, comportándome como una adulta respetable de casi 19 años. Finalmente elegí reducción y en ese momento comencé a subir a la cuesta de mi deseo, con una sonrisa, me imaginé jugando basquetbol sin preocuparme que mi prótesis o algodón se cayeran, sentí que al fin me comenzaba a liberar de algo.

Llegó el momento de la cirugía y mis padres hicieron una reunión familiar para avisarles a mis hermanos lo que iba a pasar conmigo. En ese entonces, yo estaba en un año sabático, por lo que mi única actividad social era correr por las mañanas con mi amiga

Tere Ruvalcaba, un día antes de la cirugía, por la noche, mi hermano Josué me acompañó a la casa de Tere para avisarle que suspenderíamos las corridas por la mañana y al decirle el motivo, ella no se lo podía creer. ¿De qué te van a operar? Es mentira, seguramente les voy a creer y menos si me lo dicen tú y Josué juntos. Siempre hemos tenido mala fama si estamos juntos. Entre risas e incredulidad, me deseó lo mejor.

Yo conocí a Tere cuando tenía 7 años, ella era 7 años mayor que yo, fuimos las Súper Teres por mucho tiempo y pese a la diferencia de edad, nuestra amistad era una gran amistad. Nunca se dio cuenta de lo que me pasaba y tampoco se lo conté, hasta ese día en donde más bien le comuniqué la solución y no el drama que implicó para mí.

La cirugía fue muy linda, la disfruté. Indicaron la zona de mis pechos a restaurar con un marcador negro y entonces me pusieron anestesia. Intenté platicar con los doctores y en la plática me negaron ver mi propia operación. Al poco rato caí profundamente dormida, mirando el ventanal del quirófano que presumía un hermoso cielo coloreado de azul intenso y nubes coquetas, de esos que en Durango suceden los sábados a medio día.

Cuando desperté, pensé: ahora sí voy a poder usar un brasier. Sonreí, me sentí muy feliz y me volví a dormir.

## **GRACIAS A ELLAS SOY UNA ARTESANA DE LAS EMOCIONES DELIBERADAS**

El paso del tiempo ha borrado los pocos detalles que la memoria familiar había reservado para Guadalupe, la mamá de mi abuela Ana María y la abuela de mi mamá, Lourdes. Corre el año dos mil veinte y por más que he escarbado en las memorias ajenas, sólo he descubierto que Guadalupe, como muchas mexicanas, tiene una historia que se tejió con hilos de amargura, desigualdad y poco amor.

Guadalupe ostentó el apellido Sánchez, mismo que se lo inventaron cuando ella ya estaba en una edad adulta y con necesidad de atención médica especializada, nunca tuvo un documento de identidad. Se cree que nació entre 1908 y 1912, de sus padres

no se sabe absolutamente nada, puede ser que murieron o la abandonaron, se sabe que fue criada los primeros años de su vida por sus padrinos que le ofrecieron un hogar de maltrato infantil y abuso, del que logró huir en su etapa de adolescente.

De alguna forma, Guadalupe viajó desde el centro de México hasta llegar a la ciudad de Durango, por ahí de 1928. Llegó a un mundo desconocido, entre botas y sombreros para atenuar las altas temperaturas de este nuevo lugar. En Durango se encontró a Nieves, el chofer de un tráiler que decidió “robársela” para llevarla a San Isidro, un lugar cercano a la capital, pero de difícil acceso para llegar y sobrevivir. En aquél entonces, estarían habitando en San Isidro no más de 100 personas, ahí también vivía Rafaela, la legítima esposa de Nieves, quien tuvo que recibir con buenos ojos a Guadalupe “la otra” con algunos derechos otorgados por Nieves porque él era la autoridad del hogar y no habría derecho a réplica.

Al poco tiempo de la llegada de Guadalupe, Rafaela murió, dejando tal vez algunos hijos huérfanos y poco tiempo después, Nieves también murió. Él murió de diarrea, ya que, ante lo lejano del poblado y el extremo clima del lugar, cualquier enfermedad era causal de muerte. Guadalupe quedó en cinta, estaba gestando a Ana María.

Guadalupe, mi bisabuela, para ese entonces ya era una experta en huir y buscar un espacio de sobrevivencia. No pasó mucho tiempo luego de la muerte de Nieves, cuando decidió emprender el viaje de regreso a la capital. En esa época se tomaba gran parte del camino en burro y otra buena parte caminando hasta llegar a la parada del autobús que recorría varias rancherías antes de llegar a la ciudad. Se estima que el viaje duraba entre 18 y 20 horas.

Cuando llegó a Durango, sin tener certeza del tiempo que pasó entre un evento y otro ni tampoco las peripecias que tuvo que sortear para sobrevivir, a su vida llegó Antonio, el cuidador de una huerta ubicada en el centro de Durango, muy cercana al templo del Señor San José, un templo austero pero muy apreciado por la comunidad ya que era uno de los puntos de encuentro principales del barrio.

Antonio encontró en Guadalupe el amor hecho mujer, dicen, quienes lo vieron, que era la niña de sus ojos y que le dijo que por ella haría cualquier cosa, hasta darle el apellido

a su hija, y a ambas, darles un techo y comida. En ese hogar nació y creció como hija única Ana María, mi abuela, en 1930.

Antonio para la sociedad era un buen hombre, porque en ese entonces, ¿quién reconocía a una hija como suya siendo de otro hombre?, a los ojos de los demás, Guadalupe y Ana María se habían sacado la lotería y eso justificaba que él tuviera una relación a largo plazo con el alcohol.

Antonio murió en 1953, en ese tiempo, Guadalupe limpiaba casas, pedía dinero en las calles y trabajaba en lo que podía, tras la muerte de su esposo, se mudó a casa de Ana María, quien ya estaba casada con Ramón, los padres de mi madre. Vivió tranquila, haciendo funciones de abuela hasta que una enfermedad del corazón la alcanzó y luego de administrarle un medicamento inadecuadamente, murió en 1970.

La muerte de Guadalupe me pone a pensar cómo fueron esos 50 o 52 años de vida para ella. Una mujer que sin tener el amor de un padre y de una madre, se tuvo que ver en la necesidad de huir, pedir limosna, limpiar casas, rezar porque en algo tenía que creer... ¿por qué y cómo habría llegado a Durango?, ¿cómo fue su primer viaje a San Isidro con Nieves y luego sola de regreso a Durango?, ¿cómo fue que vivió con Antonio?, ¿qué significó para ella Rafaela?, ¿qué sentía?, eso no lo voy a saber nunca, pero son incógnitas que me hacen añorar una vida digna para toda mujer que haya nacido con situaciones adversas.

Estamos hablando de una época en donde era natural la poca valía hacia la mujer y su función era muy específica, ella no merecía nada. Era una pieza que se ponía en donde era posible y, al contrario, debería agradecer que le ayudaran porque era la huérfana, la arrimada con los padrinos, la otra, la recogida y tantos otros calificativos que justificaban todo tipo de abusos. Guadalupe no era Guadalupe, no era un ser humano, no era una mujer, no era una madre, era quien le tocó ser entre la desigualdad justificada.

No tengo una imagen de Guadalupe, pero me la imagino una mujer de piel morena oro, de estatura baja, músculos fuertes y corazón triste. La historia de Ana María no varía por mucho en los tipos de abusos y creo que la de Lourdes tampoco. Qué decir de la

vida de mi abuela paterna, Teresita de Jesús, que de ella no se sabe ni en dónde nació. Estas historias son para mí lo extraordinario dentro de lo ordinario, cada vez que las repaso, siento la libertad de Ser, me siento afortunada de haber decidido hacer cada una de las cosas que he hecho, incluso de mis errores.

Guadalupe, Ana María, Teresita de Jesús y mi Lourdes, son mis estrellas, son las que me dejan actuar en libertad, gracias a ellas y a la evolución que han tenido en cada una de sus historias, gracias a su fortaleza y determinación, me abrieron un camino para que yo pueda hacer lo que yo quiera. Gracias a ellas yo puedo ser una artesana de las emociones deliberadas porque simplemente he hecho todo lo que he querido en cuanto esté a mi alcance.

Cuando me preguntan en qué soy experta o qué haría todo el tiempo sin cobrar un peso, o cuál es mi vocación, me quedo paralizada, no sé qué contestar, no sé qué decir, de hecho, creo que intento huir tal como Teresita de Jesús o como Guadalupe... en realidad, mi experiencia laboral, es, como decimos en Durango, una cosa muy reborujada. Y juro que todo lo que he hecho, lo he hecho con pasión y que todo aquello que me ha frustrado porque no lo he podido llegar a hacer, pasa y pasa pronto, sin ningún pesar. ¿Sería lo mismo si yo hubiese sido Guadalupe o Ana María, o Teresita de Jesús, la original?, no lo creo, por eso creo que esta, quizás confusión vocacional, es un privilegio que le debo a cada una de las mujeres de mi linaje.

## **HOY**

Esta es una muestra de lo que transitó por DEMAC, un sendero de aprendizaje y agradecimiento. Hoy estoy celebrando el cumpleaños de una gran amiga, estoy en medio de una videoconferencia en adaptación a la “nueva normalidad”, lista para generar nuevos recuerdos que me permitan mirarme, mirarnos y acompañarnos.